

CUENTO: MISERICORDIA

D. Adolfo Izquierdo Elena (1895-1975)

Maestro de Enseñanza Primaria

Noviembre 1950

¡Pobre Chiruco!

¿No le conocéis?

Pues Chiruco es un angelote, que por un descuido, hubiese dado un traspíe en el Cielo y hubiese caído a la Tierra.

Para ser un ángel, o por lo menos lo más parecido a un ángel, Chiruco tiene una hermosa cara con hermosos ojos y una cabellera ensortijada, que tira a rubia.

Pero de angelical, tiene otra cosa mucho mejor: el alma.

Chiruco viene a ser el compendio de todas las bondades; el resumen de todas las simpatías infantiles.

Nada extraño resultaría, que Chiruco tuviese un humor agrio.

¿Qué por qué?

Pues porque es un niño sin hogar fijo –aunque posea muchos-, y porque sus padres al morir tempranamente le dejaron en doble orfandad.

De no haber velado por él, a manera de una providencia especial, Chiruco sería un niño abandonado, de esos que andan en boca de romances de ciegos y pordioseros en que se le pinta, errabundo de pueblo en pueblo y de puerta en puerta, muertecito de frío y desmayado de hambre.

Más no creáis que Chiruco anda en tales trotes, implorando la caridad.

No; Chiruco no necesita implorarla, porque ella, la caridad, viene a él con las manos tendidas.

Nuestro niño, repetimos, quedó totalmente huérfano, cuando era ya un infantito avisado.

No, no fue acogido en ningún establecimiento benéfico, porque Chiruco no vivía en ninguno de esos pueblos espiritualmente fríos, egoístas, inhumanos, que describen las coplas; esos pueblos, en que

“ya no hay caridad,
Ni nunca la ha habido,
Ni nunca la habrá”.

Allí, en aquel de Chiruco, la hubo siempre y en Chiruco floreció y brilló, cual florece el almendro, casi en invierno y cual brilla el sol al disiparse la tormenta.

Chiruco perdió un hogar, pero ganó un puñado de ellos.

Hasta aquellos que gozaban alguna fama de avaricia y sordidez, entreabrieron sus manos de vez en cuando, dejando filtrarse por entre los secos dedos de uñas negras, algunos cuartos que pasaban a enriquecer el acervo del fondo depositado en casa del Señor Cura, para el sostenimiento del rapazuelo.

Cuando Chiruco quedó en doble orfandad y en triple pobreza, a nadie se le ocurrió depositarle en ningún caritativo orfanato. Los hijos-niños de aquel pueblo no supieron lo que era un hospicio, ni los hijos-ancianos, que cosa fuera un asilo.

Así que, casi sin convocatoria previa, una mañana de sol propicio y cielo azul, a la salida de misa, bajo una acacia pomposa que sombreaba el atrio surgió de “motu proprio” la asamblea, luego que los viejos carraspearon, guiñotearon los ojos para acomodarlos a la luz fuerte, y los jóvenes hablaron de proyectos festeros para el día.

En cuatro palabras, estando en medio el señor Cura, se convino en que, Chiruco sería hijo predilecto, predilectísimo de aquel lugar, en que las obras de misericordia no servían solo para los muchachos las recitasen en voz cantarina en la escuela y en la catequesis.

No; en aquel lugar, no eran frases rutinarias, que apenas pronunciadas las arrastra el viento.

Chiruco sería allí, el más rico del lugar, porque a su disposición, quedaban las riquezas de todos los ricos y hasta la pobreza de todos los pobres.

Por algo dijimos que Chiruco debió de ser un ángel caído del Cielo, no sabemos si por permisión de Dios o por descuido providencial del guarda-ángeles de la Gloria.

Se reveló su condición angélica, de múltiples formas y en múltiples ocasiones. Por ejemplo: Chiruco, como todo niño de aquel pueblo modelo, ingresó a su tiempo en la Escuela, de la que diremos, abriendo aquí un inciso, que no era a modo de pocilga, sino a manera de Ejardín para humanas flores.

Pronto nuestro niño resaltó por su aguda inteligencia. Aquel chicuelo, se sorbía las enseñanzas, las retenía y las ejecutaba con la perfección de un niño superdotado.

Y no es que fuese un escolar que se abstrajese de todo para entregarse solo a las disciplinas.

No; Chiruco era un niño alegre, vivaracho, travieso si cabe, pero con travesura simpática.

En los juegos, era como el numen de su sabor, de su alegría. Si él no estaba, parecía que les faltaba algún condimento esencial. Chiruco sabía darles realce; y sobre todo, se las amañaba, para suavizar y extinguir los

altercados que en ellos surgen; las porfías agrias, y restablecía la justicia infantil en su plenitud, de un modo, que ojalá supiesen imitar los grandes.

Por eso, los juegos infantiles en aquel pueblo, nunca degeneraban en pedreas; en competencias brutales con mechones de pelo entre los dedos, ni en batallas con trofeos de chichones y ojos tumefactos. Aquello, era una perfecta paz octaviana.

Los chiquitajos reconocían su superioridad en todo y espontáneamente – sin esfuerzo intencional por parte de Chiruco- siempre la dirección de todo recaía en él. En ningún niño brotaba la envidia ni la malquerencia; si alguna vez de labios de alguno salía alguna frase que pudiese molestarle, pronto con palabras o con obras era rectificada.

Total, que Chiruco era allí el gallo, sin haber tenido necesidad de izar su cresta, ahuecar sus alas, ni arquear su espinazo.

Hasta las chiquitas sentían admiración por él. No solo era siempre respetuosísimo con ellas, sino que evitaba el que los demás niños las perturbasen en el juego de “la comba”, ni partiesen la rueda, en el de la “viudita” o del “matarile”. En premio, ellas le sonreían y hasta le obsequiaban con inocentes miradas querenciosas.

Total, que Chiruco, no por servilismo, sino por bondad natural, correspondía a la paternidad de aquel pueblo, con verdadera gratitud de hijo.

Cuando estuvo en edad de discernir, se percató de su situación, y de cuánto por él hizo y estaba haciendo aquel vecindario. Más, su amor propio, en nada se resintió; no fue martirizado por complejo alguno. No se consideró amparado por la caridad, sino como hijo de ella misma, como fruto de su savia; caridad encarnada en aquel pueblo que debía descender del buen samaritano del Evangelio.

Chiruco se consideraba como un hijo más de aquellos vecinos; tenía pues muchos padres y muchísimos hermanos, por eso, tenía también más penas y más alegrías que nadie. Cada contrariedad de alguien le golpeaba en el corazón; cada satisfacción ajena, la saboreaba él, como propia.

Así pasaban los días, los meses y los años y Chiruco, como Jesús-Niño, crecía en gracia, en bondad y hasta en sabiduría, delante de Dios y delante de aquel pueblo que le adoptó por hijo.

Sí; también creció en sabiduría.

A los doce años, nada o muy poco tenía que enseñarle aquella Escuelita Primaria que frecuentó desde los seis. El Maestro que la regentaba, venía considerando a su alumno, visto a través del prisma de la Pedagogía, como un caso pasmoso de super y archisuperdotación.

¡Lástima, -solía lamentarse en el casinillo- que Chiruco no pueda frecuentar los centros superiores de la alta cultura!

Aquella lamentación del Maestro, recorrió el pueblo, como un treno que ponía tristeza en los corazones. En el alma de cada vecino, se clavaba como espina dolorosa.

Pero un día, en el propio casinillo, empezaron a escarbarla para echarla fuera. Después de haber saboreado un buen número de contertulios el

aromático café; haber sorbido a pequeñísimos tragos el dorado coñac y haber hablado de temas de tipo nacional, regresaron a lo local y la queja del Maestro, con zumbido de molesto tábano, cosquilleó sus orejas, y como a manotazos trataron de ahuyentar al moscón:

¡No!, ¡no!... De ningún modo, malograrse aquel talento; no podía consentirse, que aquella flor se secase sin fructificar.

¿Qué no podrá estudiar?

¡A otro perro con ese hueso!

Chiruco tenía todo lo que precisaba: talento, porque Dios se lo había dado, y dinero, porque se lo darían ellos. Mejor dicho, era suyo, porque lo que tienen los padres es de los hijos, y Chiruco era hijo de ellos.

En un dos por tres, despejaron la nube; la tronada y el granizo no malograrían la cosecha de aquel campo, que se mostraba tan risueña y esperanzadora.

Sin alharacas, como la cosa más natural, se abrió una suscripción, que cuando se cerrase, el Sr Cura y el Alcalde administrarían depositando los fondos allegados y que se allegasen en la Caja de Ahorros de la Villa.

En pocos minutos, las ofertas de los allí presentes mostraban un buen número de miles de pesetas.

Por casualidad, cayó por allí el buen Párroco; al enterarse del sublime gesto, lloró de emoción y en un raptó de admiración y entusiasmo, se irguió, tendió la diestra y exclamó: “¡Yo os bendigo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!”

No quedó nadie, sin correr a aportar su óbolo grande o pequeño. No fue por cierto escaso, el de algunos que tenían fama de tacaños.

De todos, el más conmovedor fue el de los niños, que entusiasmados, entregaron las perrillas que tenían para juguetes y caramelos.

Chiruco no defraudó a su pueblo-padre.

Hizo su larga carrera, no a lo sopista ni en la estrechez de un mal pupilaje. El padre-pueblo quería que su estudiante pudiera codearse con holgura, con la flor y nata de sus compañeros, que para eso era rico ¡muy rico! ¡Podía contar con las riquezas de todos los vecinos!

Y Chiruco destacó; destacó como un astro de primerísima magnitud en cielo tachonado; quiero decir, que descolló brillantemente en todos los círculos culturales. Era un portento; un portento en inteligencia, en caballerosidad... en todo lo que a un joven le hace ser admirable.

Periódicos y revistas de fuste, se ufanaban en su firma. Academias y Ateneos solicitaron sus conferencias.

¡Se le tenía por un monstruo de sabiduría!

El pueblo, su pueblo-padre, vibraba de entusiasmo.

¡Allí estaba su Chiruco...! Su Chiruco, que daba sopas con honda a todos los señoritingos –era su expresión- de la capital y muchas leguas del contorno.

Cuando en las vacaciones regresaba a sus lares, era para el pueblo gran gozo, porque allí le tendrían unos meses entre ellos.

Él era como siempre, sencillo, bueno y cariñoso para todos ¡Cómo que era su hijo! Como que ellos -todos los vecinos grandes- eran sus padres! ¡Cómo que todos los vecinos jóvenes eran sus hermanos!

Las buenas acciones piden a grito vivo una recompensa y aquel pueblo la tuvo.

Chiruco, poco después de haberse doctorado en Derecho con premio extraordinario, en unas reñidísimas oposiciones, obtuvo la cátedra de Derecho Político de la primera Facultad de España. Años después sus triunfos en la cátedra, en el periodismo y en el foro, le llevaron como en volandas a un importante Ministerio del Gobierno del país.

Su padre-pueblo estallaba de gozo. Ellos, sus convecinos, se consideraban encaramados de un salto de titán, a la gobernación de la Patria, que era como haber saltado hasta las más altas cumbres.

¡Sí señor! Porque aquel Excelentísimo Señor Ministro –no les cabía la frase en la boca-, era de ellos; del alma de ellos; ellos le habían dado aliento, puesto alas; le habían lanzado, y él, volando con la majestad del águila se había posado en aquella cumbre y en ella cantaba con la sonoridad y poderío de un gallo gigante.

Con sola esta satisfacción se consideraban reterpagados; pero Chiruco no era del mismo parecer.

Él, no por pagar, que sabía el desinterés de los suyos, sino por complacerse a sí mismo, acabó por convertir a su pueblo en un verdadero paraíso, en donde el bienestar tenía su trono.

Cuando podía disponer de algunos días libres, allá iba, sin escolta ni boato a convivir con los suyos, en una casita humilde que se hizo construir.

Para honrar a su pueblo, le entregó su propia carne y sangre, porque de allí eligió esposa.

De este modo, Chiruco, -no consintió que allí se le llamara de otro modo- siguió compenetrado, incrustado en su antiguo hogar, que era el pueblo entero.

Años y más años, aquel lugar fue próspero, feliz y dichosísimo.

¡Y es, que la misericordia sube al Cielo, y centuplicada cae derramada en lluvia de bendición, sobre los misericordiosos!
